

Monólogo de un ciudadano chileno (molesto y asustado)

León Cohen

RESUMEN

El primer momento en la investigación científica reside en la atención en el fenómeno. Para un psicoanalista esto está centrado en el escuchar. Como sabemos, el lenguaje humano es simbólico, lo que remite a la comunicación, tanto verbal como no verbal, condensa numerosos pensamientos, emociones y fantasías en el mundo humano personal. El fenómeno de la comunicación que sustancia la relación entre las personas es el campo de trabajo del psicoanalista. Allí éste escucha, analiza e interpreta con el fin de provocar pensar en la mente del paciente. Analógicamente, una cultura humana tiene su lenguaje y una multitud de voces que componen sus espacios y sus tiempos. Quien desee comprender lo que ocurre en una sociedad debe tratar de escuchar con atención sus voces sabiendo que en todas ellas están condensados los pensamientos y emociones de sus miles de ciudadanos. Esas voces suenan en las calles, en los medios de comunicación, en la intimidad de los hogares, en la formalidad de las oficinas. Con un fin ordenador y una expectativa de predicción, podemos acudir a la estadística. Sin embargo, por un furor científico, no deberíamos dejar de lado la atención a esas voces y a su interpretación como una vía para comprender lo que está ocurriendo en el alma inconsciente y consciente de la comunidad. Este es el intento del presente texto y de su formato para el que se interese en escuchar.

■ **León Cohen** (50 a.) es médico psiquiatra de la Universidad de Chile, egresado de la Licenciatura en Filosofía de la Pontificia Universidad Católica de Chile y psicoanalista titulado de la Asociación Psicoanalítica de Chile (APCh), de la que actualmente es su Director de Extensión. Es profesor de psicología psicoanalítica en las escuelas de Teatro de las Universidades Católica y Finis Terrae y docente en el instituto de Psicoanálisis de la APCh. Es colaborador frecuente de la Revista Artes y Letras del diario El Mercurio y del Suplemento Cultural del diario La Nación.

LEÓN COHEN, Psiquiatra psicoanalista APCH-IPA, Augusto Leguía Norte 255, of. 15, Las Condes, Santiago, Chile.

Fax: (562) 334 2544

Correo electrónico: leoncohen@entelchile.net

Soy un ciudadano chileno. Debo tener entre cuarenta y cincuenta años. Es muy probable que sea empleado de una empresa privada. Incluso es posible que me dedique a las importaciones pues en las últimas décadas éstas se extendieron por el territorio, y puede que trabaje en administración o en ventas. Agregaría que es posible que sea profesional universitario, posiblemente un ingeniero comercial, cosa mucho más frecuente ahora que hace tres décadas. Además seguramente provengo de la clase media, tanto en lo socioeconómico como en lo educacional. Agregaría que me interesa la cultura. Siempre he sido un lector voraz y, aparte de mi profesión, he leído y asistido a seminarios de filosofía, ciencias políticas e historia. Por ello me informo diariamente sobre la política contingente aunque nunca he sido militante. En lo más personal usualmente soy un hombre tranquilo, afable y trabajador. Por ello es que si en este momento alguien viera la rapidez con que voy caminando, quizás pensaría que soy un hombre muy ocupado, como le cabría a alguien con formación superior como lo sería yo. Sin embargo, lo que en verdad me tironea cada vez que cruzo las calles o cuando cambio de pista en mi Nissan 95 es la ansiedad, esa tensión que me quita el aire y me pone los dientes apretados, a punto de gritar, cerca del odio.

Aunque resulte violento no son pocas las razones para sentirme así. De partida, las cosas no han andado nada bien en mi trabajo. Llevamos varios años en que importar ha ido perdiendo conveniencia. El dólar es más caro, los precios no se pueden subir y la gente compra menos, aparte de que la competencia en este negocio siempre fue tremenda. Es cierto, en su momento éste no dejó de ser un negocio propio de los ochenta. Tener buen ojo y habilidad para ubicar el producto podía deparar muy buenas ganancias. Luego podían surgir muchos distribuidores para el producto, gente sin mayor estudio pero dedicada a la pequeña empresa, la mayoría de ellas al comercio. De hecho, el paisaje de la capital y las calles principales de las grandes y pequeñas ciudades se repletaron de negocios ofreciendo el detalle, la minucia y el inmenso y barroco kitsch oriental que inundaban los puertos del país. También ha habido grandes y afortunados negocios que enriquecieron a influyentes miembros de nuestra clase profesional o de aquellos que han logrado aprovechar, de buenas o de malas maneras, las coyunturas políticas y económicas de los últimos treinta años.

Alguien podría criticar mi rabia y mi insatisfacción actual haciéndome ver que en la última década me ascendieron a una subgerencia y aumenté mis ingresos, que me casé, me comencé a comprar mi casa y mi auto. Es cierto, estaba entusiasmado hasta el punto que olvidé mi moderación y me endeudé. Total, tenía fe en que iba a pagar sin problemas en los próximos años y además me decía a mí mismo que eran deudas sobre cosas necesarias. Así tenía tranquilidad material y moral, además de política. En efecto, estaba volviendo la democracia y las promesas de alegría parecían seductoras. Sin embargo, lo que en realidad ocurrió era que volvió la democracia, pero vestida de democracia renovada y con alma económicamente continuista. Para variar en esos días se desplegaba frente a nosotros el travestismo político que a comienzos de los setenta lucieron los militares y que ahora modelaban los anticapitalistas de antaño. No ha dejado de ser una violencia para la memoria de los chilenos de mi generación el ver y escuchar a unos transformados en otros y contemplarlos realizar toda una acrobacia filosófico-político-económica para justificar tal transformación. Para este arte la palabra mágica fue renovación y a todos nos atrajo pues se saboreaba con ese gusto por lo anodino que nos acomoda a los chilenos.

¡Qué ilusión la nuestra, ciudadanos de la antigua clase media y ahora clase de la dimensión desconocida, suponer que el Estado podía enfrentar y controlar, sustentado en el apoyo democrático de las mayorías, el poder de los que manejan los grandes capitales y la dinámica de la economía, sobre todo en época de globalización y de anomia del gran capital! Ni siquiera el poder militar pudo enfrentarlo y serle autónomo, y tuvo que dejar de lado la virtud de la camaradería que ostentaba por la de la competencia salvaje e individualista. ¿No era acaso esto, sin ir más lejos, la polución de los ochenta?

Recuerdo que al inicio de los ochenta estaba terminando los estudios y me enfrentaba a un ambiente totalmente paradójico. Por un lado el dólar estaba botado en las calles y pude hacer un buen viaje a Europa con unos pocos pesos que tenía ahorrados. En ese tiempo salía más caro hacer el típico viaje al Sur. Por ese lado estaba eufórico con el poder que me daba el peso nacional. Por otro, no me podía hacer el tonto como pasaba con muchos de mis amigos y conciudadanos. Las personas, ya fueran rebeldes armados, militares o sencillamente disidentes, seguían siendo exiliados, desapareciendo o muriendo en hechos brutales. Las incipientes protestas eran violentamente reprimidas y se trataba de dar la imagen de un país en frenético desarrollo que trataba de ser destruido por ideologías totalitarias y añejas de origen extranjero. Cundían el miedo y el temor persecutorio anidados en medio de la manía consumista. La población general no quería pensar en ello y lo justificaba todo como algo, por un lado, merecido por los rebeldes o por los opositores o, por el otro, merecido por los carabineros.

Tengo que agregar que deben imaginarme como un ciudadano que leía *El Mercurio*, *La Epoca* y escuchaba la radio *Cooperativa*. Respecto a la TV, lo único pasable eran los momentos deportivos, el resto era una orgía de patetismo y lugares comunes al servicio de la autoridad. También les pido que no prejuicien. Como lo sugerí antes, el que me dedique a las importaciones no obsta de que sea un lector habitual, quizás más que el promedio como lo atestiguarán mis citas. De hecho, en mi juventud pensé en estudiar filosofía o sociología, pero me asustaba el tema de la seguridad económica ya que en mi casa los recursos eran limitados y siempre estábamos “al tres y al cuatro”. En todo caso, mi familia no era especialmente politizada. Nos identificábamos vagamente con la clase media de los setenta, a cierta distancia del “barrio alto” y sin vínculo alguno con militares. Por ello para mí el salto de los soldados desde el espectáculo televisivo anual de la Parada en el “Parque” al asalto sangriento de los civiles en las calles de Santiago fue algo incomprensible.

De hecho, en los primeros años de la dictadura creció en mí la amargura y la claustrofobia por la imposibilidad de hablar de los hechos y de vivir las noches. Un hastío corrosivo me desesperaba y suscitaba en mí una repugnancia frente a los repetitivos y vacíos signos del oficialismo. Igualmente, no podía dejar de sentir un rechazo a la rebeldía sangrienta e ineficaz de la extrema izquierda. Aun así era mi juventud y había momentos de mucho placer con mis amigos y amigas, disfrutando los espacios que encontrábamos, aunque tuviéramos opiniones diferentes frente al estado de las cosas.

Pero todo se vino abajo al poco tiempo de iniciados los ochenta. La crisis fue profunda y mostró que los mismos que dirigían el ascenso se aprovechaban en su propio beneficio y expoliaban sin ningún espíritu patriótico ni científico al interior del proyecto político-militar en curso. Las consecuencias fueron tremendas para la clase media y para los sectores populares. Por orden superior el país entero se volcó en sostener las bases estructurales del sistema económico, costara lo que costara. Para qué hablar de la responsabilidad moral en esos tiempos. Se la eludió por razones de Estado sumando otra deuda moral a la acumulada hasta esa fecha. ¿Eran tiempos de pesimismo? Más bien de furia, impotencia

y amargura frente a una nueva prepotencia de los sectores dominantes económicamente, ahora apoyados por la fuerza de los sectores militares que veían en ellos y en su supervivencia el núcleo de su proyecto. En todo caso, fueron años que le pasaron la cuenta al régimen al punto en que o se abrían las puertas a otras opciones o volvía a azotarse al país con una violencia extrema para buscar la continuidad del sistema. Pero ya no eran los setenta y el mundo mucho más interconectado y dependiente no era sintónico con esta última alternativa.

Entonces comenzó una tortuosa apertura, estrechamente controlada y con el freno de mano tomado, con la fantasía de la perpetuación del modelo siempre presente. Pero no hay que llamar a engaño. Mucha gente, hasta hoy, ha apoyado y justificado los peores métodos para aplastar a “los que hacen problemas”, gente de todo nivel socioeconómico y que se deja ver en el enorme apoyo, apenas minoritario, que tuvo el sistema político-militar hasta hoy en día. Hay en nuestra cultura una vocación por el autoritarismo político aunque esté disfrazado de presidencialismo y del dominio del Estado sobre el acontecer de la nación (Jocelyn-Holt, 1997). A todo nivel de organización social se aprecia nuestra desidia para hacernos cargo, involucrarnos, comprometernos con los procesos sociales. Nuestra afición es el voyerismo, la predilección por ver desde la clandestinidad, cuchichear detrás de los matorrales sobre el éxito o la desdicha ajena.

En público mostramos nuestra cínica tendencia a la moderación que frecuentemente no es ni más ni menos que expresión de una carencia de pensamientos propios. En forma patética nos burlamos con mal gusto de nuestros vecinos argentinos al contemplar la facilidad para el ingenio, el exhibicionismo y la invención que poseen y que los lleva a hablar y a polemizar eternamente en las calles. Entre nosotros descalificamos al que resalta y cuando su brillo adquiere legitimidad innegable pasamos a adorarlo, en una idealización que lo saca de la cotidianeidad y lo protege de nuestra envidia. Cuando se trata de una autoridad nos marginamos y depositamos la responsabilidad y el poder en ésta debido al temor que ella nos da. Para borrar este miedo nos sometemos a través de la identificación con el presunto agresor que imaginamos en aquella autoridad. Entonces, en presencia de ésta, mostramos la sonrisa tímida y la complacencia cínica hasta el extremo de imitarla y justificarla debido al terror que le tenemos. Pero apenas lo admirado o lo temido muestra sus fallas y sus matices reales aparece la superficialidad de esa identificación y dejamos caer la crítica demoledora, sepultándolo en el olvido. He aquí un deporte nacional llamado “hacer leña del árbol caído”... (luego del soterrado y persistente) “aserruchamiento de piso”. En otros casos nos conformamos con tener una crítica sorda y repetitiva respecto a los gobernantes, en los cuales delegamos las culpas por medio de nuestro idiosincrático sonsonete quejoso.

Bien, supongo que a esta altura me podrían acusar de ser un típico chileno quejoso y negativista que se refocila en la autoflagelación. Ciertamente, puede ser, pero creo que hay aquí una diferencia que considerar. Una cosa es tener una opinión propia y directa, como creo que es la mía en este momento, y otra cosa son las letanías y círculos viciosos de lamentaciones y resentimientos en que caemos los connacionales. No reconocer la crítica directa y abierta y más bien castigarla es una táctica inadvertida de los chilenos cuando se suscitan discusiones. Estoy de acuerdo, no es fácil diferenciar ambas conductas. Pienso que una forma de hacerlo sería no anticiparse y advertir si el sujeto que critica está abierto a la discusión, a oír otras opiniones y a reconocer los errores propios. Esto es importante pues es habitual que el quejoso sólo se interese en descargar un ánimo amargo sin dar espacio a la polémica. En este

sentido algo curioso de nuestra actitud cultural en situaciones de conflicto es que el que escucha la crítica ponga más atención en la forma que en el contenido y ataque lo primero como una manera de evitar la polémica: ¿por qué levantas la voz, por qué descalificas? ¡siempre criticando y viendo lo malo, eres muy violento, demasiado apasionado, así no se puede hablar!, etc. Estas frases son un lugar común en los medios de comunicación, entre políticos, intelectuales, deportistas y ciudadanos en general.

Ciertamente, como escuchan, hoy no es primera vez que me siento nervioso y con rabia. Permítanme compartir, pensando en una mirada histórica, lo que sentía a los quince años. Como quizás le habrá ocurrido a algunos de ustedes, en esos días pasaba por momentos de una angustia tremenda y luego me sentía maravillosamente bien. Podía sumirme en un cariño lleno de calor por días, con ganas de estar con mis amigos a cada momento y no perder un minuto separado de mi polola para verla, tocarla y estar con ella. Otras veces, deseaba estar solo y no quería que me preguntaran nada. Tenía pensamientos que inundaban mi mundo y que parecían iluminarlo todo, ser la solución para la humanidad y mi proyecto de vida. Es que eran más que pensamientos, eran un espíritu que recorría como una emoción eléctrica cada célula de mi cuerpo. En esos días parecían surgir planes en cada conversación y los libros, las películas y las veladas con los amigos incendiaban mi cerebro. El futuro estaba abierto y el tiempo, que pasaba lentamente, parecía ampliarse a lo lejos, hacia el infinito. Después sabría que instalado en ese cuerpo había un frágil esbozo de comprensión mundana y que faltaba mucho para entender verdaderamente lo que era estar ahí, viviendo en el mundo humano.

Alguien podría decir que la juventud es un tiempo de felicidad, pero en realidad es un tiempo en que para nada escasea el dolor, el dolor de la adolescencia. En todo caso era puro presente y futuro inmediato. Es extraño, pero yo y mis amigos no estábamos preparándonos para un futuro mediano sino que para algo que parecía estar *ad portas*, a la vuelta de la esquina, a la mano, casi determinado en su facticidad por la fuerza de nuestros deseos y nuestras convicciones, sin mayor estrategia ni plan que el generado por la energía de nuestros principios. Incluso, no se percibía el imperio de la ambición ni la voracidad por los objetos ya que no los había. A nuestro alrededor la estética del paisaje cotidiano se componía de pequeñas cosas. Este mundo simple, de comercio de barrio, ropa nacional y fiat 600 no lograba imponerse como la meta de nuestra existencia y era de una naturalidad obvia el hecho de que cada uno tendría su lugar en el mundo adulto donde poder trabajar y vivir. Aunque era poco lo que en verdad entendíamos, parecíamos estar al tanto de las más delicadas maquinarias de la existencia, según la versión de los novelistas, filósofos o artistas de nuestra devoción. Esto generaba un peligroso estado, el de las palabras, y peligroso porque pasaba a ser, para nosotros, el estado de las cosas.

En efecto, en medio y en lo profundo de esta multitud de sensaciones se hilaba el mundo que traía, sin que los adolescentes lo supiéramos, una historia de décadas. El pasado del planeta nos resultaba tan lejano, sobre todo en esta angosta, austral y aislada faja, que al final éste, más bien, resultaba compuesto por las imágenes de una abundante bibliografía. Pero bien poco podíamos entender de las historias que habían recorrido las calles, campos y minas de nuestro país. Recién saliendo de la niñez propia de una existencia pueblerina de un lugar subdesarrollado, poco sustento podíamos tener en nuestras mentes para darle un sentido a las historias que empezábamos a conocer. Estábamos pues, como es tradicional a esa edad, a merced de las ideologías.

Recuerdo una conversación con un amigo. Era mayor que yo. En esa época aún no entraba a la Universidad, pero él ya llevaba allí algunos años. Corría el año 1973 y mi amigo profesaba ideas sociales y políticas bastante revolucionarias. Afirmaba que era posible y que era un hecho que finalmente en nuestro país las clases más desposeídas podrían cambiar el sistema capitalista ya que éste estaría basado en antiguos, injustos y arbitrarios derechos de propiedad sobre los cuales, afirmaba, se edificaba una distribución inhumana de los beneficios de la vida laboral y económica. No cabe duda que eran ideas que profesaba una inmensa cantidad de seres humanos, entre ellos, muchos tratando de llevarlas a la acción. En él y en todos ellos había una esperanza de un futuro justo y humano donde todos pudiésemos ser más felices y realizados de acuerdo a nuestros particulares talentos.

Su convicción y entusiasmo, que podían hacerlo sentir a uno un cobarde egoísta, lo hacían pensar que era real la posibilidad de hacer frente a todos los obstáculos que impondría el sistema sociopolítico-militar al cambio. Esto, según mi amigo, se lograría con la fuerza organizada del pueblo y su irrefrenable sed de justicia. Tiempo después nos daríamos cuenta de que palabras como éstas, regadas y repetidas públicamente a lo largo del país por muchos otros, habían hecho pensar a los garantes o simpatizantes del *statu quo* imperante que se estaba formando una amenaza real, mucho mayor que lo que indicaban los hechos. Y así fue. Ese mismo año el castigo sobre esas palabras cayó como una furia salvaje y homicida sustentada en ellas mismas y tomadas convenientemente como si fueran el estado real de las cosas. Mi amigo enloqueció por las torturas mientras muchos de sus compañeros fueron muertos, diseminados o lanzados al mar. Es conocido que en nuestro país hablar es un riesgo y que a todo nivel se maneja el discurso escueto y calculado, eludiendo la verdad y centrado en evitar conflictos, aunque con ello se pierda la posibilidad de lograr mayor significado en nuestras relaciones. Los que se exceden y denuncian o hablan fuera de ese contexto se transforman en animales exóticos, bajo la mirada admirada y vigilante de todos aquellos que nos mantenemos sometidos al imperio de la fobia nacional. Pues bien, después de aquel golpe esto se agravó. Las palabras se transformaron en gestos suicidas y tuvieron que ser abandonadas por la acción práctica de la tarea cotidiana. Cualquier pensar o sentir que no coincidiera con el entusiasmo de la ideología oficial y que se convertía en palabra dicha, ahora era un riesgo vital. Incluso ser pesimista era sospechoso.

Es que en las ideologías hay una impronta imposible de negar: la pasión por el futuro y el progreso ilimitado. No parece haber obstáculo posible en el afán de esa pasión. No parece haber excepción en esto y ello se nota en el temblor épico del que defiende sus principios como caminos rectores de una humanidad posible. Hay en esas caras y en esos tonos de voz un entusiasmo y una fuerza admirable capaz de amedrentar y sugestionar al más pesimista. Están construidas con una racionalidad que parece tener una lógica coherente, pero que, a la larga, se sustenta en la emoción colectiva y en la necesidad de sobrevivir de la masa. No pareciera haber antídoto mejor contra la amargura y el pesimismo del individuo que la pasión épica incendiada por las palabras disparadas como bombas emocionales por ciertos líderes de un grupo. El miedo y la creencia eufórica en la utopía convierten a las personas en masas vociferantes.

Ciertamente que en esa época también estaba ansioso, más aun que eso, angustiado, amargado, asustado, cauteloso. Era curioso, sin haber sido jamás un militante, el golpe violento que había sacudido a la ciudad y al parecer a todo el país me había dejado confundido y con una realidad imposible de entender. Aunque no era infrecuente en esos tiempos la lucha violenta en las calles –la vida cotidiana se había desajustado por las dificultades para obtener alimento–, si bien no se sabía si habría clases y

todo giraba en torno a una disputa constante, muchas cosas, tanto oficiales como ciudadanas, funcionaban con una rutina tal que, a lo menos para algunos, no era imaginable lo que iba a ocurrir. Lo absurdo es que siempre se hablaba de ello transformando el tema en una especie de contenido teórico que pugnaba por hacerse realidad. Entre tanto, los hechos mostraban que en la oscuridad gente mucho más práctica organizaba lo que terminó por ocurrir.

Pero no todos eran como ese amigo que enloqueció. En ese mismo año de 1973 tenía un vecino de mi edad que pensaba diferente. Su padre provenía de una familia del sur que había poseído un fundo desde hacía décadas. No eran latifundistas y ni siquiera tenían parientes en el barrio alto de Santiago. Toda la vida de esa familia se había alimentado de la tierra. Hacía unos años, durante el anterior gobierno, le habían expropiado la tierra usando la fuerza detrás de la ley. Trataron de defenderse con la misma fuerza pero tuvieron que ceder frente a la policía. El abuelo, padre de su padre, se derrumbó y al poco tiempo enfermó y murió. Mi vecino me contaba esta historia con un odio enorme, no menor del que mostraba su progenitor cuando recordaba esa humillación. Sus recuerdos se mezclaban con una nostalgia dulce por la tierra, la pena por lo perdido y la desaparecida vida de su familia. Todo su encono se descargaba sobre lo que llamaba el “comunismo democratacristiano”. El veía entre el gobierno anterior, democratacristiano, y el socialista actual, una continuidad que se le condensaba en un reproche violento y general sobre “los políticos”. Sus familiares apoyaban toda oposición al gobierno socialista y se mostraban partidarios de responder a la violencia con el doble de ella. No eran ideólogos ni intelectuales, no toleraban polemizar sobre política, simplemente esperaban el momento de la venganza.

Era extraño. Vivía un momento de mi vida en que la plenitud del cuerpo y la expansión de la mente me instalaban en sentimientos de optimismo que proyectaban mi existencia más allá de los dolores de la cotidianidad, más allá de las limitaciones económicas y de la frugalidad, de las luchas en las calles, de la violencia y de las muertes. Incluso, a pesar de todo, veía en los rivales que se enfrentaban un entusiasmo a toda prueba, una porfía destilando carne y sangre, llena de irracionalidad y ceguera, apoyada en idealizaciones y en la voracidad. Era extraño, siendo tiempos de oscuridad, no era ni el pesimismo ni la depresión lo que recorría el territorio de un extremo a otro. Era más bien un sentimiento épico.

Hoy, sin embargo, mientras camino sumido en mi ansiedad, pienso en lo que he estado escuchando, leyendo o viendo en la televisión sobre el pesimismo que estaría reinando en el país. Es curioso. De este sentimiento hablan economistas, políticos, empresarios y gente de cifras habitualmente entusiasmadas por la plusvalía institucional e individual. En mi caso me pregunto si estoy pesimista y si estoy sumido en un pesimismo. Creo que no. Es decir, nunca he sido básicamente optimista, nunca desde mi adolescencia, sobre todo en algunos momentos de mi juventud. No quiere decir que sienta el futuro cerrado y que no sea empeñoso. Puedo trabajar bastante, exigirme intensamente en lo que hago, cuidar de los detalles y responder a lo que me piden. Es frecuente que trabaje más horas de las que supuestamente debería, pero no desentono pues mis compañeros de oficina también lo hacen. En verdad que es penoso y amargo que los jefes no aprecien este esfuerzo ni con sus palabras ni menos con plata, pero es así también para todos los empleados.

Es cierto que las cosas no andan bien. Varios amigos míos fueron despedidos el año pasado y los rumores corren en la empresa respecto a quienes serán los próximos. Eso nos tiene asustados. Pero también estamos amargados y decepcionados con nuestras autoridades. Los gerentes se han portado

de una manera repugnante. En general, son gente de mi edad e incluso más jóvenes. Se los ve llegar en sus autos lujosos y elegantemente vestidos. Sus actitudes son distantes y cuidadosamente europeas, como de “ingleses de América”. Sin embargo, el trato directo con los subordinados es de desprecio y humillación programadas. Están convencidos de que la estrategia del amo sobre los esclavos propia de la colonización española sería el mejor método para enfrentar la supuesta tendencia indígena a la flojera de parte de los empleados. Son los primeros en asistir a los seminarios que llenan los bolsillos de los expertos norteamericanos que vienen a hablar de la moderna dinámica al interior de las empresas, pero luego del *lobby* el taller se convierte en letra muerta.

A propósito de esto he escuchado de una serie de talleres donde nuestros jefes buscan impregnarse del espíritu ejecutivo. Allí impera tal atmósfera sadomasoquista que esto ha llegado a los medios de comunicación. Los hacen exponer su intimidad sin autorización de ellos, les hacen mezclar lo laboral con lo personal, les generan un ambiente de una inconsistencia enloquecedora, los confunden a tal grado que los convierten o en devotos del sistema o en seres que salen aterrorizados y con el miedo de ser perseguidos si dejan ver lo que padecieron. Esos son algunos de nuestros gerentes postulando al grado anglosajón de modernidad. Luego llegan a sus oficinas y cambian de roles y se descargan con nosotros. Más tarde, muy tarde, llegan a sus casas y lo hacen con su familia o sencillamente se aíslan en la brutalidad televisiva de moda. No esperemos de ellos que lean algo fuera de moda y que enriquezcan su labor. Después, en la mañana desparraman su prepotencia en las calles encerrados en su seguridad último modelo.

Es verdad, esto puede ser una caricatura malintencionada y envidiosa, no puedo generalizar, pero creo que no son pocos los empleados que podrían suscribir mi experiencia. Y no es algo de los últimos tiempos. Esta soberbia lleva años y ya la han sufrido los estandartes de las empresas chilenas, los viejos llenos de experiencia y con décadas de servicio que son eliminados por contadores e ingenieros comerciales que ven su sobrevivencia en el arreglo de los números. Para qué decir del trato en los despidos, casi se los saca como delincuentes, se les avisa de improviso para rehuir todo contacto humano y se les desocupa el escritorio, siguiendo la tradición de las décadas recientes de hacer desaparecer a la gente y evitar pensar en ello.

¿Es esto motivo para estar pesimista, deprimido, triste? En realidad es motivo para el odio y el resentimiento, para la desconfianza, para asumir los vínculos laborales pensando desde el principio en sacar un provecho antes de ser eliminado, es decir, es un motivo que cada día irá legitimando la corrupción al interior de las empresas y las instituciones: saco primero yo antes de que me saquen a mí. Esto es lo que siento y temo por mí, por mis valores, por mi deseo de trabajar bien y ser honesto. Temo llegar a legitimar cínicamente una conducta oportunista y salvaje teniendo en vista la mera sobrevivencia. ¿Será un signo de los tiempos? ¿Estaremos viviendo una época en que el paradigma que domine nuestra existencia sea el viejo algoritmo darwiniano de la sobrevivencia del más fuerte, es decir, el baluarte de la evolución? (Fischer, 2001).

Es cierto que hay en el pesimismo una cierta actitud trágica frente a la vida, la sensación de que hay fuerzas poderosas que impedirán con su impronta el desarrollo de mis deseos, expectativas o sueños más allá de lo que pueda hacer. Sin embargo, no hay en el pesimismo una clausura de la esperanza, un cierre total del futuro. Un amigo psiquiatra me hablaba de los enfermos depresivos a los que una variación de las sustancias químicas que relacionan sus neuronas los lleva a una visión de

mundo tan desesperanzada, cerrada y sombría que puede conducirlos no sólo a la parálisis de sus pensamientos y al congelamiento de sus emociones, sino que hasta el propio cuerpo puede quedar detenido en la ausencia de expresión. Claro, podríamos tomar esto como metáfora y pensar que la polución del ambiente que está entre nosotros en ciertas épocas del año nos encierra y asfixia, envenenando nuestros estados de ánimo y llevándonos a una especie de depresión social.

Mi amigo me hablaba de la tristeza que afecta al que ha sufrido la pérdida de componentes amados o significativos de su mundo. Ciertamente que desde esta perspectiva tenemos varios miles de razones por las que estar tristes y deprimidos. Como colectividad nacional nadie sobra y cada uno tiene un papel como persona en la significación de nuestra alma territorial. Mi amigo psiquiatra me decía que cuando en el duelo se esconde una sorda violencia y ésta no es reconocida ni vivida por el doliente, el sufrimiento se prolonga y puede advertirse en la terquedad de dejar de lado la presencia de lo perdido y mantener ésta en las ropas, en los gestos, en los recuerdos y los objetos. Esta dificultad para separarse de lo perdido y olvidar puede estar causada por la imposibilidad de percibir patentemente la pérdida. Es lo que ha sucedido con el drama de los desaparecidos: se ha mantenido un duelo crónico y no resuelto y esto indica la permanencia de la violencia oculta entre nosotros.

En este sentido, aún hoy se manipula la información para conservar el control sobre las culpas que podrían caer a raíz del desocultamiento de los hechos de la violencia salvaje e injustificable. Sí, tenemos razones para estar pesimistas, pero de la posibilidad de justicia y reconciliación. Este es un pesimismo de décadas y esperará aún un buen tiempo para madurar en una auténtica depresión, es decir, en un duelo verdadero, con el reconocimiento profundo y sincero de las culpas y del dolor y las responsabilidades que le competen. Ciertamente que esto ocurrirá en algunas personas, pero no en la masa (Caponni, 1999), la que en su vida primitiva habitual gusta de dar vuelta la hoja y de no pensar.

¿Acaso, entonces, puede que sienta pesimismo por la situación política? ¡Qué siútico sería de mi parte! En realidad no me importa y esto es algo que está en las venas de la mayoría de los jóvenes menores que yo. Es paradójal. Retornamos a la democracia con la expectativa de que sería la forma de hacer volver la alegría a nuestras vidas. Así lo grité yo, entusiasmado con el cambio y aburrido, con repugnancia y rechazo, del discurso oficialista que por décadas se había acumulado en nuestras cabezas. Era increíble, era como pensar “que la alegría no sólo es brasileña”. Pero más bien era la alegría que se siente al sacar de nuestras vidas un malestar físico, una especie de tumor, un mal orgánico instalado allí y que parecía terminal, inoperable, crónico y sin vuelta. Ese alivio fue nuestra alegría. El resto, como hemos dicho, fue transformismo, acomodo, cautela, caminar sobre huevos, cargando con casi la otra mitad que prefería cualquier malestar frente al miedo al cambio. Hemos vivido con el miedo a las metástasis debido a nuestra dependencia con la enfermedad, es decir, por la necesidad que tenemos del control autoritario. Más aún, por la demanda que hacemos de él. Para ejemplo un botón. Les confieso que voté por el actual Presidente. En primer lugar, por cierta inercia en mi apoyo a la Concertación, luego por la personalidad que el candidato mostró en los momentos del miedo, en los que levantó su mano amenazante para dar cuenta de que estábamos allí a pesar del terror. Cuál no sería mi sorpresa cuando, al parecer a pedido del público, mi candidato al día de asumir esgrimió la mejor de las prosodias autoritarias del ex-dictador para relacionarse con una ministra al inicio de su trabajo. ¿Me inundó el pesimismo entonces? No, pero sí las dudas y el temor a la decepción.

Nosotros, los ciudadanos que observamos en nuestra cómoda prescindencia, lo que sí nos pasa, a lo menos a algunos, es que olemos el pesimismo de los políticos de la Concertación y de los medios de comunicación que los apoyan. Aunque ellos no se ven puntualmente pesimistas, se escuchan como una jauría de perros rabiosos que se atacan entre sí sin diferenciar lealtades ni proyectos comunes. ¡Ah, sí, son las elecciones de fin de año! Parece patético, pero parte del mundo oficialista se comporta como si el Alcalde ya fuese Presidente electo esperando entrar en funciones. Por el otro lado, en cambio, la Alianza por Chile no muestra esa clase de respeto por él y se mantienen en sus posiciones sin importarles las neutralidades anodinas y pragmáticas del candidato prometido. En este escenario, pareciera que el Alcalde fuera el próximo candidato de una Concertación que en su afán continuista estuviera extremando su vocación por el travestismo.

Entonces serán los empresarios, pero en algunos de ellos no hay razones contables para pesimismo alguno. No hablemos de la alegría de los exportadores, el sueldo de Chile de los noventa. No hablemos de las estrategias financieras de los grandes capitales. Ciertamente que se trata de su plata y es su derecho, pero repugna que hablen de patriotismo. Si tienen sangre en las venas, muchos militares que apenas sobreviven con sus sueldos tendrían que recordar su mentalidad corporativista al escuchar a ciertos empresarios justificar el hecho de que sacan el dinero que han ganado en este país para que obtenga beneficios y favorezca a otro país que les dé mayores ganancias. ¿Acaso no sería patriótico reducir este margen e invertir en Chile y permitir que miles de compatriotas tengan empleo? No, porque no conviene. Así es la libertad del capital en el mundo globalizado, la plata es mía y hago con ella lo que quiero y si me molestan grito que están amenazando mi libertad y que son unos “malditos comunistas”. ¿Suenan a pesimismo? Escuchemos al ciudadano que comienza de a poco a hablar por boca de mapuches y estudiantes.

No es ningún secreto que muchos de esos empresarios desprecian al Presidente socialista y que han encontrado un caldo de cultivo a ese odio en la arrogancia de las críticas de éste a aquellos. Es cierto que algunos conservan esa nostalgia épica de los tiempos de la dictadura y del proyecto económico megalomaniaco del progreso y riqueza que chorrearía a todos los chilenos. Es cierto que éstos han sentido un encono y furia por la situación de su líder y por el cuestionamiento jurídico y el destape de las miserias del régimen pasado ya que éste constituía su proyecto ideal para la nación. Es imaginable entonces que no pocos estarían dispuestos a marginarse de cualquier proceso de inversión que favoreciera el crecimiento económico ahora y buscar tener ganancias fuera, en los mercados tropicales. Esta es una fantasía que recorre el territorio. Es, ciertamente, una fantasía con tinte paranoico, la de la conspiración y la expresión de los temores de la repetición de la historia. ¿Puede esto ponerme pesimista, ponernos pesimistas a los ciudadanos empleados de este lado del planeta? A lo más nos hace sentirnos impotentes y perturbados frente a realidades que nos son inalcanzables y de las que sólo sabemos a través del rumor incierto.

Lo que sí enfurece es ver cómo moros y cristianos hacen uso instrumental de la palabra “pesimismo” para diagnosticar la situación actual, tomando distancia como si fuera culpa de otro o justificándolo así todo. Hace unos días escuchaba al reciente entrenador de la selección nacional de fútbol, con la que no ha ganado ningún partido, hablar del pesimismo social que estaría predominando actualmente y que sería el causante de las críticas que recibe. ¡Patético ejemplo de nuestra típica manera de echarle la culpa al empedrado!

Inmerso en estos pensamientos de molestia e incertidumbre me acuerdo de un sueño que tuve anoche: vivía en una casa pequeña y sombría en la que un dolor y cierta pobreza parecían recorrer sus paredes. Tenía varias hermanas y una de ellas era especialmente hermosa y atractiva. Su belleza parecía iluminar el lugar y ocultar el dolor. Algo quería yo conversar con mi madre pero ella sólo hablaba de mi hermana, de su belleza, de cómo todos la miraban. Entonces trataba de hablar con mi padre, pero estaba sentado pensando en algo, ausente. De improvisto aparecía el hermano mayor de mi padre. Entraba y apenas saludaba a su hermano, el que seguía sentado mirando hacia el pasado. Lo extraño es que mi hermana lo saludaba con un beso en la boca y nadie de mi familia se extrañaba sino que al revés, los miraban deslumbrados. Yo me sentía confundido e impotente, miraba a mi papá y sentía vergüenza ajena y rabia contra él al ver que no hacía nada. Me desperté angustiado y así he estado hasta ahora.

Dicen que la autoridad se va a levantar de su asiento, que se dará cuenta de lo que está pasando, que informará de ello y que saldrá del deslumbramiento antes de quedar paralizada.

También decían, no hace mucho, que la patria era como una reina, que encandilaba a todo el vecindario, en el norte y en el este, y que en el oeste ya éramos un jaguar más. Parecía que todos querían venir a verla, a recorrerla, a meterse en ella, a tocarla y a comprarla. Todos estábamos felices y embobados y queríamos que así lo hicieran, queríamos vender a nuestra reina y así olvidar las penas, los dolores y todas nuestras pobreza. Pero no sirvió porque el dolor corroe en la oscuridad y la memoria tiene el afán obstinado del eterno retorno de lo oculto. Ahora se habla de pesimismo para nuevamente enterrar, desintegrar o lanzar al mar el dolor, la pena y la culpa que han quedado al descubierto. Como se ve, lo opuesto de pesimismo no sería pensar positivo sino que sólo pensar y asumir nuestra realidad. Entonces entendiendo mi sueño, mi esperanza sería que mi padre se levantara, viera lo que está pasando e impidiera la perversión de nuestra familia. En esta esperanza sustento mi fe y veo el antídoto contra la malicia del pesimismo. Creo que pensar en voz alta me ha hecho bien. Ahora me iré a trabajar.

REFERENCIAS

- Caponni, R. (1999). "Chile. Un Duelo Pendiente". Ed. Andrés Bello. Santiago de Chile.
- Freud, S. (1917). "Duelo y Melancolía". Obras Completas. Tomo XIV. Amorrortu Editores. 1976.
- Jocelyn-Holt L., A. (1997). "El Peso de la Noche. Nuestra Frágil Fortaleza Histórica". Ed. Planeta Chilena S.A.